

# Siempre hay un motivo :

- Perdona, ¿sabes hacia dónde está la taquilla número 15?

La chica rubia que estaba de espaldas se giró con una cara que no tenía ninguna expresión y y de forma brusca la contestó: - Ni lo sé, ni me importa.

Elisa no supo bien cómo reaccionar y siguió por el pasillo buscando su taquilla. Apenas la había tocado, se escuchó en todo el gran instituto la sirena de entrada y la nueva alumna buscó desesperada el aula ciento veintisiete.

Con el corazón latiendo de prisa, las mejillas sonrojadas y un sudor frío, Elisa cruzó la puerta de la que sería su aula durante los meses que quedaban de curso.

Elisa era una chica adolescente que por motivos laborables del padre, se vio obligada a seguir a su familia desde un pueblo rodeado de montañas, a la gran ciudad que se levantaba lejos de cualquier rincón maravilloso que oliese a lluvia, verde, flores y mar.

Era bonita de cara, y aunque su cuerpo estaba algo degado, se sentía agusto con él

y con ese pelo revoltoso que tanto le costaba peinar.

Entró en el aula, sintió que no podría controlar el corazón y miró hacia donde el profesor empezaba a abrir la tapa del ordenador.

El profesor al verla, la invitó amablemente a sentarse en la única silla que quedaba libre.

Elisa se encaminó hacia ella y sintió que el cuerpo se la congelaba al comprobar que su nueva compañera de clase era la antipática chica a la que la había preguntado por la taquilla.

Apurada y fastidiada le dijo un hola tan bajito y susurrante que apenas salió de su boca.

El profesor dio inicio a su clase y tras él entró otro profesor que hizo lo propio. Escuchando a los profesores se sentía segura y sin ninguna otra necesidad, pero en esa paz que había encontrado escuchando a los profesores hubo algo que la desgarró por dentro. La sirena del instituto avisaba a todos que era tiempo de descansar y reponer fuerzas, pero para Elisa supuso otro desafío más para ese día.

Con poca ilusión cogió su bocadillo y caminó, la última hacia la puerta. Allí, estaban 3 chicas a las que la esperaban con una sonrisa en sus caras y la invitaban a estar con ellas.

Elisa, muy apurada y a la vez agradecida, aceptó la invitación y salió con ellas al patio.

Las nuevas compañeras parecían extrovertidas y simpáticas, pero a Elisa había algo que no la permitía de encajar: dedicaron mucho tiempo a criticar a su compañera de mesa y a justificar que era imposible aguantar a María desde que la había pasado esto. Tampoco era para tanto, todos los padres hoy en día se separaban y nadie estaba como ella.

A Elisa le parecía que esas nuevas amigas estaban injustas con los sentimientos de una persona que sufría por algo que escapaba de su control y las preguntó si alguna había intentado ayudarla, preguntarle cómo se sentía o, al menos, hacerle saber que, si de verdad eran sus amigas, podía contar con ellas cuando quisiera.

Las tres chicas se miraron asombradas y justificaron que sólo María tenía la culpa de haberse alejado de ella y montar en su cabeza ese desastre por el simple hecho de la separación de sus padres. De nuevo, oyeron el timbre que anunciaba la ~~ve~~ vuelta a las clases y Elisa siguió los pasos de las tres chicas. Entró en el aula, sacó sus folios y su bolígrafo BIC y continuó escuchando a los profesores

y tomando apuntes.

Sin embargo, no se concentraba mucho en la tarea y una y otra vez la venía a la cabeza lo que las chicas la habrían contado sobre María.

La miró. Allí estaba. Parecía distraída, ausente y muy triste.

Sin saber como, Elisa cogió un folio en blanco y escribió: "puedes llamarme si quieres hablar con alguien. Yo no te juzgaré".

Elisa dejó el folio doblado con su número de teléfono escrito sobre la mesa de María cuando la última sirena del día anunciaba que las clases, por fin, habían acabado.